



1

La noche

A veces has de renunciar a la vida que habías planeado para dejar sitio a la vida que tienes delante.

Cinco segundos pueden alterar tu vida para siempre. Pueden cambiar el curso de tus sueños y desbaratar todo lo que habías esperado. Pueden enviarte al desierto, en busca de nada.

Llevaba tres días en el desierto de Nevada y sentía que las suelas de los tenis se estaban derritiendo. Me detuve, volví la planta del pie hacia arriba y examiné la suela del calzado. Las fibras de goma parecían estar ardiendo, calentándose más a cada paso.

De la superficie de la arena roja se elevaban ondas de calor. Me encontraba a varios kilómetros de Amargosa, cerca del Valle de la Muerte, el lugar más seco del planeta. No sabía cuándo iba a encontrar comida y no me importaba.



Sabía, por mis estudios de neurobiología, que el cerebro puede aguantar varios días sin agua. Las dendritas se repararían solas, las sinapsis seguirían funcionando. El cerebro es un órgano asombroso; tiene la capacidad de repararse incluso en las peores circunstancias, pero si no encontraba agua pronto, la deshidratación me afectaría y el cerebro caería en la confusión. Empezaría a ver visiones, a oír cosas...

Di un paso hacia delante por un arroyo seco, escudriñando el paisaje en busca de un cacto. En su interior habría litros de agua; algunas especies habían mantenido con vida durante años a antiguas tribus indias que vagaban por el desierto. Caminé otros cinco minutos hasta que encontré una roca rugosa; me senté y hundí la cabeza en las palmas de las manos.

No tenía un plan, ni quería tenerlo. Cuando emprendí la marcha solo quería escapar.

Antes de emprender mi viaje, insistieron en organizar para mí una pequeña fiesta de despedida y, en medio del caos, oí que alguien murmuraba desde el fondo de la habitación:

—Es casi como si su vida se hubiera dividido en dos partes, antes del accidente y después.

Y era verdad. Ahora yo era un hombre distinto. Me sentía como un cadáver cortado por la mitad con una sierra Stryker, con el esternón separado y los órganos a la vista. Como a un cuerpo durante una autopsia, me habían sacado

el corazón y me lo habían colocado sobre el pecho para examinarlo. La sangre había dejado de fluir. Yo era un cadáver.

Hueco.

Consideré comerme la barrita energética que me quedaba en la mochila, pero sabía que si lo hacía tal vez sería peor. Se me atascarían las tripas. Se necesitaba agua para la digestión; sin ella, la comida no pasaría por el intestino delgado.

—¿Está usted bien?

La voz me sobresaltó, y alcé la mirada hacia el sol. Me froté los ojos y tragué con esfuerzo; tenía la garganta reseca y dolorida.

¿Estaba empezando el proceso?

—Tengo un poco de agua, si la necesita. —La voz era ronca, pero claramente femenina. A través del resplandor vi que tenía el pelo gris y una barbilla agrietada y oscurecida por las arrugas. Me acercó la delgada cantimplora—. El agua está caliente, pero es mejor que nada. Solo un loco vendría por aquí sin cantimplora.

La cogí, desenrosqué el tapón metálico y lo dejé caer.

—¿Se ha perdido? —preguntó ella.

Negué con la cabeza.

—No.

—Nadie en su sano juicio vendría hasta aquí —dijo ella—. Tiene que estar perdido. De un modo o de otro.

La mujer vestía pantalones cortos café y una camisa de algodón de manga larga con bolsillos delante y en las man-

gas. Una gran cámara negra colgaba de una correa de cuero que llevaba al cuello. Barrió la tierra con las botas para formar un pequeño claro; yo había leído sobre ello en un manual acerca del desierto. Los guías experimentados lo hacían antes de sentarse, para ver si había escorpiones o serpientes.

—¿Tiene nombre? —preguntó.

Retuve la cantimplora un poco más y pensé en beber, pero después me pregunté si aquella sería toda el agua que tenía.

—Jonathan —contesté—. Jonathan Taylor.

—Jonathan, ¿te das cuenta de que estamos a cuarenta y seis grados?

No dije nada y me encogí de hombros.

—Necesitas algo más que una camiseta. Y los vaqueros no son lo más adecuado para el desierto. Tengo una tienda por allí —dijo, señalando hacia un grupito de árboles. Tocó la cámara—. Puedes descansar a la sombra todo el tiempo que quieras. Llevo aquí una semana haciendo fotos. —Me miró la cara con atención—. Tienes una herida muy fea ahí. ¿Necesitas algo para curarla?

Me toqué el lado izquierdo de la barbilla. Habían pasado ya dos meses, pero la herida no se curaba. Negué con la cabeza.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece —murmuró ella.

—¿Y por qué está usted aquí? —pregunté—. ¿Por qué el desierto? Esto está desolado y no hay gran cosa que ver.

—Soy psicóloga —aclaró—. Es decir, lo era. Siempre quise ser fotógrafa, pero es el único sueño que no había cumplido. Toda la vida me ha gustado el espacio abierto del desierto, y se podría decir que he escapado para venir a este sitio. Para hacer mis últimas fotos.

—¿Las últimas?

—Me estoy muriendo —dijo con toda naturalidad.

—Eso nos pasa a todos.

En cuanto lo dije, deseé poder retirarlo. Miré su expresión sombría y supe que era cierto. Se estaba muriendo de verdad.

—Lo siento —susurré.

La mujer se echó a reír.

—No lo sientas. Todos tenemos un principio y todos tenemos un final.

—Pero ¿tiene cura? ¿Qué le pasa?

—Tengo cáncer, y es terminal —dijo tranquilamente—. Irónicamente, un tumor cerebral. Imagínate, una psicóloga que utiliza el cerebro durante toda su vida, con un tumor cerebral. No tiene cura. Pero no pasa nada, Jonathan. Lo tengo asumido. Decidí venir aquí. —Se volvió para mirarme de frente—. ¿Y tú?

—Vine en avión y luego eché a andar. Llevo días andando, durmiendo al aire libre. Eso es todo. Vine a parar aquí por accidente.

La mujer pensó en mis palabras un momento y después se puso en pie y me quitó la cantimplora de la mano.

—Los accidentes no existen —dijo, haciéndome un ges-

to para que la siguiera—. Podemos pensar que existen, pero no es así. ¿Tienes familia?

Yo andaba despacio; la seguí hacia la arboleda donde había instalado su campamento mientras reflexionaba sobre la ironía de sus palabras.

«Los accidentes no existen.»

«Qué demonios.» Pensé en mi mujer y en mi hija. «Sí —dije en silencio—. Claro que existen los accidentes.»

—Mira, estoy haciendo fotos de esa formación rocosa mientras el sol se pone —dijo la mujer, señalando un cañón lejano. La cordillera era extensa y pronunciada, con altos picos que se proyectaban hacia el cielo—. Es muy diferente del trabajo que he hecho toda mi vida. Ahora he encontrado mi pasión. He descubierto mi destino. Puede que sólo me queden unas semanas de vida, pero no importa.

Parecía sincera.

—¿Qué tipo de trabajo hacía en el ámbito de la psicología?

—Integración hemisférica.

—¿Integración qué?

—Ayudaba a la gente a comprender toda la capacidad de su mente.

—Mi mujer era neuróloga —dije—. Y nunca he oído esa expresión.

—¿Era?

Bajé la mirada hacia la tierra parda.

—Era —dije con firmeza.

—Cuando experimentamos un acontecimiento en nuestra vida —explicó la mujer—, registramos en la memoria

dos representaciones pictóricas separadas y únicas, una en cada hemisferio del cerebro. El hemisferio izquierdo es el responsable del pensamiento lógico, lineal. Al derecho le interesan más las relaciones espaciales y conceptos como la seguridad personal.

—¿Y...? —repliqué, intrigado.

—Si utilizamos principalmente la percepción de un solo lado del cerebro, nuestras elecciones son limitadas y algunos asuntos personales quedan sin resolver. Si aprendemos a controlar conscientemente qué imagen hemisférica utilizamos, ampliamos la gama de elecciones y respuestas disponibles. Imagina que eres capaz de comprender y acceder al cerebro tal como fue diseñado para usarse. Acceder a un segundo hemisferio abre puertas que ni sabíamos que existían.

Me encogí de hombros.

Me pregunté si habría algún modo de cambiar mi manera de pensar, de reprogramar mi cerebro para ver de otra forma los sucesos de los últimos cien días. Si pudiera pasar por aquel cruce una vez más y no experimentar nada, en lugar de ver los dos cuerpos tirados en la carretera y agonizando...

Tal vez mi vida podría cambiar.

Tal vez pudiera rebobinar, volver a mi antiguo trabajo, volver a la casa, volver con los viejos amigos y actuar como si la vida fuera una serie de cimas y valles. Tal vez fuera capaz de superar el valle. Volver a casarme, ser como los demás miembros de la sociedad a los que se les da tan bien reencarnarse en una segunda vida.

Podría tener una nueva esposa, un nuevo hijo, y justificarlo todo diciendo que «los accidentes no existen» y llegar a comprender que estaba destinado a ocurrir. Sentir que yo estaba destinado a estar con esta nueva persona, destinado a traer otra vida a este mundo. En definitiva, olvidar que la primera familia existió y quedó destruida en un instante.

El problema era que no podía ver nada de aquello. Estaba vacío.

—¿Por qué no saltaste? —preguntó ella.

La miré sin comprender.

—Querías saltar. Querías acabar con todo en el paso elevado de aquel cruce y reunirte con tu hijita en el otro lado. Pensaste que aquello pondría fin a tu dolor. ¿Qué te detuvo?

—Yo no se lo he contado —objeté.

—Pero es verdad.

El cruce parecía ser una metáfora de mi vida. Había un cruce al final de la carretera y yo tenía que tomar una decisión. ¿Torcería a la izquierda? ¿O a la derecha? No había más opciones. Estuve allí, en la acera, en los días siguientes al accidente, despedazándome como una cáscara de huevo. Estuve al borde del paso elevado, agarrado a la barandilla, vomitando bajo la lluvia.

Me había quitado el impermeable. Mis tenis se hundían en los charcos, pero no me importaba. Me los quité, me erguí descalzo en medio de una lluvia torrencial y aullé. Grité con toda la fuerza de mis pulmones, maldiciendo a Lacy, a Dios y a cualquiera que me escuchara, mientras mi corazón se vaciaba y la rabia se apoderaba de todo.

No sé cuánto tiempo estuve allí ni cómo salí. El paso elevado estaba a corta distancia del lugar del impacto, y el fondo de rocas estaba a más de seis metros por debajo.

Yo no le había hablado a ella de aquel momento. No se lo había contado a nadie.

—¿Quién eres? —pregunté, sintiendo que la ira crecía en mis entrañas—. ¿Eres vidente o algo así? ¿Una de esas brujas que pueden ver la vida de otros?

La mujer se echó a reír.

—No soy una bruja —dijo—. Pero ¿quién eres tú?

La carretera por la que habían circulado Lacy y Boo era una de esas carreteras interminables. No había kilómetros, ni minutos, ni horas; parecía que no había salidas, ni bares de carretera, ni interrupciones. Solo un cruce, a casi cinco kilómetros de nuestra casa. Antes del accidente, a veces conducía escuchando el zumbido del motor, sin radio ni teléfono móvil que me distrajeran. Años atrás, alguien la había llamado la «carretera eterna», porque recorría campos de maíz de un extremo del oeste al otro, conectando diversos estados. Serpenteaba por montañas y bajaba hasta el mar. Recorría California hasta las planicies de arena roja, pero aquel día, en el cruce, serpenteó tan apretadamente alrededor de mi familia que les quitó la vida.

Recuerdo que una vez, años antes del accidente, yo conducía en la oscuridad de la noche, preguntándome qué pasaría si se me estropeaba el coche y cómo me las arreglaría.

Tendría que bajar y echar a andar en busca de una gasolinera. Tal vez pasara otro viajero y encontrara restos de mis huesos, o tal vez se me habrían llevado los buitres.

—¿Cómo te llamas? —pregunté. Eran tres las únicas palabras que pude pronunciar.

—Marilyn —contestó ella en tono amable.

Observé su perfil, y me fijé en una gotita de sudor que le bajaba por el cuello. Estaba sentenciada a muerte, y sin embargo parecía más centrada de lo que yo lo había estado nunca, como si tuviera una especie de brújula incorporada que la hubiera guiado toda su vida. Allí estaba, una mujer mayor en medio del desierto, y sin embargo parecía que estuviera en su casa.

—¿Puede haber alguna otra explicación para esto? —pregunté—. ¿Crees que hay alguna razón para que estemos aquí sentados, en medio de esta tierra abrasada a mediados de octubre, solos nosotros dos, pobres almas desamparadas?

Ella empezó a reír. Echó la cabeza hacia atrás y, para mi sorpresa, yo también me reí, por primera vez desde el accidente. Me apoyé en el árbol y sentí una áspera capa de corteza contra mi carne y una oleada de fuerza y adrenalina. Me sentó bien sentir algo. Reí con fuerza, librándome de mi entumecimiento, pero entonces me eché a llorar.

Cayeron las lágrimas y mi cuerpo se estremeció con los sollozos.

—No sé por qué estoy aquí —reconocí, boqueando para tomar aire y limpiándome la cara con el brazo—. No sé qué estoy buscando...

—¿Lo sabe alguien? —preguntó ella.

—No lo sé.

Entonces tuve un *flashback*. Boo en su sillita del coche con un pequeño vaso de plástico rosa sobre la bandeja.

—Quiero mi oso —dijo Boo, señalando el peluche en el suelo.

Se había caído del Explorer a la calzada cuando abrimos la puerta.

Tendría que haber dado la vuelta entonces. Tendría que haberlo dejado todo y verlo como una señal para detenerlas.

Alto.

No dejes que se vayan.

—Agárralo —ordenó Boo, como una pequeña dictadora exigente.

Como siempre, yo me ablandé y lo recogí, se lo entregué y la besé en la mejilla.

—Te quiero, papi —dijo ella, radiante.

La mujer del desierto me miró y esperó a que mis pensamientos se marcharan.

—Jonathan, ninguno de nosotros sabe nada. Creemos que sabemos, pero luego resulta que no. El universo tiene sus maneras de intervenir. De cambiarte. Al final, no sabes qué andas buscando, ni sabes qué encontrarás.

Sacudí la cabeza, confuso.

—Pero eso es irrelevante —dijo ella—, porque no importa lo que busques ni lo que encuentres. Lo que importa



es que dejes que tu brújula te guíe, y permitas que tu talento y tu conocimiento salgan a la superficie para que puedas cumplir el propósito de tu vida. —Se quedó pensativa un momento—. El viaje vale la pena.

